

fugiados? ¿Sigue habiendo discriminación racial? ¿Es la violencia machista una deshumanización? ¿Y la transfobia? Como dice David Livingston en uno de los últimos capítulos: “Es fácil ser héroes morales en nuestras fantasías” (p. 108).

Javier Cabaleiro Díaz  
 jcabaleiro@alumni.unav.es

---

OPPY, GRAHAM

*Atheism. The Basics*, Routledge, London, 2019, 190 pp.

Graham Oppy ha cultivado la teología filosófica desde hace más de treinta años desde un singular ateísmo. En estas ciento ochenta y dos páginas resume su posición y desarrolla una argumentación sobre el ateísmo como la perspectiva más amplia que contiene una visión del mundo que puede, según él, defenderse racionalmente.

En primer lugar conviene ofrecer una panorámica sobre el contenido para que se aprecie la amplitud de su reflexión. El primer capítulo es un resumen del libro, pero ya en estas páginas se advierte la claridad de la exposición, la precisión de los resúmenes, la ponderación de los argumentos y la amplitud de su proyecto. El siguiente capítulo, titulado “Poniendo las cosas en claro”, intenta una definición del ateísmo. Para eso tiene que explicar primero qué o quién es Dios. “Los dioses son seres sobrenaturales de suficientemente alto rango que poseen y ejercen poder sobre el universo natural” (pp. 7-8). Seguramente el principal problema de esta definición es la contraposición entre natural y sobrenatural, porque supone una cesura en el tejido de la realidad que no podrán aceptar muchos teístas. Por otro lado, la contraposición no puede funcionar bien si no hay, al menos, uno de los términos perfectamente definidos. Oppy se inclina por una definición en términos de causa: “Si la realidad causal contiene solo entidades causales naturales exclusivamente con poderes naturales causales, entonces no hay Dios” (p. 12). Lo cual le permite definir una visión del mundo naturalista: “El naturalista cree que no hay sino entidades naturales que tienen solo poderes

causales naturales y que han sido bien establecidos por la ciencias, que es la piedra de toque para identificar entidades causales y sus poderes causales” (p. 14). Aquí se advierte la ligazón entre naturalismo y ciencia, que muchos autores discutirían, entre otras razones porque las ciencias por su propia naturaleza como conocimiento pueden crecer constantemente.

De acuerdo con esta definición, los ateos son los que afirman que no hay dioses. La novedad que presentan estas páginas es la introducción de una categoría original: “los inocentes” que todavía no saben o no se han planteado de ningún modo ninguna cuestión sobre Dios. Con ellos, la humanidad se divide en cuatro clases: ateos, agnósticos, inocentes y teístas. De lo que se habla en este libro es fundamentalmente de la “creencia” atea. Oppy no piensa que se pueda tener ciencia atea, ni que haya conocimiento cierto de que no haya Dios. “Creo un montón de cosas de las que no tengo propiamente conocimiento... no quiere pecar contra la humildad doxástica. El ateo no necesita estar cierto de que no hay dioses” (p. 13).

Por otro lado, considera Oppy que la confrontación entre teístas y ateos no puede ser resuelta por demostraciones, puesto que “el lugar natural de las pruebas son las ciencias formales” (p. 11). De ahí que “los ateos que suponen que hay demostraciones de la afirmación de que no hay dioses desde premisas que gozan del acuerdo universal de los expertos están simplemente equivocados” (p. 12). De la misma manera, el autor se encargará de demostrar la falta de procedencia de los argumentos teístas habituales.

El siguiente capítulo (“Instantáneas de la historia”) está dedicado a la exposición de las vidas y del tiempo de doce ateos reconocidos de distintos momentos de la historia y de diversas culturas. El objetivo es mostrar la extensión geográfica, temporal y cultural del ateísmo: cualquier momento y civilización puede tener y ha tenido ateos. En “Hechos y cifras” el autor repasa todo lo que las ciencias humanas pueden decir del ateísmo, acerca de su crecimiento o disminución, de la distribución del ateísmo según diferentes parámetros y de su dependencia de distintos factores naturales. Lo decisivo de estas páginas del capítulo 4 consiste en diluir todos los elementos negativos del estereotipo del ateo y dibujar las posibles

ventajas sociales del ateísmo. El capítulo 5 (“Quejas comunes”) se repasan las objeciones racionales al ateísmo en el que se incluye la discusión sobre el valor de los diferentes argumentos para demostrar la existencia de Dios y su capacidad para cambiar las convicciones de los ateos.

El capítulo 6, titulado “Razones y argumentos”, expone los argumentos que se han presentado en defensa del ateísmo y en contra del teísmo y explora cuál es su valor racional. La mesura y el equilibrio de las que Oppy hace gala en estas páginas es digna de destacar. Dado que la perspectiva atea (*the big picture*) y la mejor perspectiva teísta son lógicamente consistentes, es menester desarrollar un modo de comparar estas perspectivas para poder decir cuál es más racional o razonable que la otra. Por eso “nos interesan las compensaciones que se hacen entre la minimización de los compromisos teóricos y la maximización de la amplitud y la profundidad explicativa” (p. 120). Porque lo que se requiere de una gran perspectiva es “explicar cuanto sea posible tan bien como sea posible” (p. 121). Y aquí el ateísmo sale vencedor —podríamos añadir, siguiendo un símil pugilístico— a los puntos. “La forma del argumento a favor del ateísmo que he estado esbozando es clara. Las mejores perspectivas ateas tienen menos compromisos teóricos que los mejores horizontes teístas, mientras que no hay ningún tema en el que las mejores perspectivas teístas proporcionen mejores explicaciones que las ateas. Así que, las mejores perspectivas ateas son más virtuosas teóricamente que los mejores horizontes teístas, y por lo tanto deberían ser preferidas a ellas” (pp. 132-133). En esencia, este argumento ya había sido desarrollado en buena medida en 2013 en *The best argument against God*.

Merece la pena traducir el último epígrafe de este capítulo: “He considerado y rechazado la mayoría de los argumentos a favor del ateísmo. No acepto que el ateísmo sea la posición por defecto. No acepto que el teísmo no tenga sentido. No acepto que las mejores visiones teístas del mundo sean lógicamente inconsistentes. Pero pienso que las mejores cosmovisiones ateas son más virtuosas teóricamente que las mejores teístas. Soy escéptico de que alguien pueda escribir un argumento que logre establecer, a satisfacción de todas las partes interesadas, que éste es el caso” (p. 134). Dudo seriamente

de la pertinencia e incluso de la posibilidad de una comparación entre concepciones del mundo ya (de)terminadas. El teísmo no es realmente ninguna visión del mundo en el sentido contemporáneo que usa nuestro autor, sino la doctrina de la verdad.

El libro termina con el capítulo “De nuevo en el camino”, en el que se pregunta “hacia dónde parece dirigirse ahora el ateísmo” (p. 135). Aquí inquiere si el nuevo ateísmo supone un florecimiento de éste y cómo se está desarrollando en la universidad, especialmente en los departamentos de filosofía, teología y sociología. Y concluye: “En las áreas del conocimiento —tales como la filosofía, la política y la religión— donde no hay claramente un consenso universal de expertos, no hay nada que la gente *deba* creer” (p. 156).

En definitiva, se trata de un libro excelente con el que todo filósofo tendrá que confrontarse, antes o después, y con el que conviene medir las fuerzas si se quiere desarrollar una teología filosófica a la altura de nuestro tiempo.

Enrique Moros. Universidad de Navarra  
enmoros@unav.es

---

PALMA RAMÍREZ, MANUEL

*Michel Henry: Ser-hijo. La incesante experiencia de la vida*, Ciudad Nueva, Madrid, 2019, 212 pp.

Este pequeño pero enjundioso libro presta un gran servicio al mundo filosófico hispanohablante, pues constituye una magnífica introducción —hoy en día la única como monografía— al pensamiento del filósofo francés Michel Henry, fallecido en 2002. Pensamiento este que representa paradigmáticamente el llamado “giro teológico” de la fenomenología: una de las aportaciones más originales de la segunda mitad del siglo XX, aunque bastante desconocida aún en nuestro país.

Aquí se muestra bien cómo, partiendo de la inspiración fenomenológica, Henry busca el fundamento radical de la experiencia más allá de lo experimentado y del sujeto que experimenta, más allá